

La crisis de los misiles de Cuba veinte años después.

ESTHER BARBÉ *

«Me refugio tras el tiempo y hago
de la paciencia mi arma.»

METTERNICH

En octubre de 1982 se cumplió el veinte aniversario de uno de los conflictos que mejor han evidenciado los «riesgos» y «ventajas» de la existencia de un sistema internacional de carácter bipolar basado sobre el potencial nuclear: la crisis de los misiles de Cuba.

Durante trece días, entre el 15 y el 28 de octubre de 1962, los dos super-grandes se enfrentaron en una «guerra fría» (1) en la que a menudo se citó la posibilidad de utilizar los arsenales nucleares de los que ambos contendientes —EE.UU. y URSS— estaban dotados.

Los acontecimientos de la crisis, bien conocidos, van desde el descubrimiento de la instalación de misiles soviéticos, de carácter ofensivo según las autoridades norteamericanas, en territorio cubano hasta la retirada de los mismos, pasando por la instauración alrededor de la isla de un estado de «cuarentena» por parte de Washington.

El análisis de dichos acontecimientos ha dado lugar a numerosas interpretaciones de la crisis. Sin ajustarse al desarrollo cronológico de los acontecimientos estas páginas van a abordar el estudio de la crisis desde una doble perspectiva: político-estratégica. Al estudio del desarrollo de la crisis en sí viene a añadirse un segundo aspecto, relativo a las repercusiones de la misma en la escena internacional, siempre bajo la doble perspectiva ya citada.

(1) Para seguir con detalle el desarrollo de los acontecimientos V. el reciente artículo de DELMAS, Claude: *Il y a vingt ans: la crise de Cuba* en «*Defense nationale*», (París, octubre 1982), págs. 127-142, o bien la ya tradicional obra de SCHELESINGER, A. M., Jr., *A thousand days, John F. Kennedy in the White House*, Boston, The Riverside Press, 1965.

* Profesora de Relaciones Internacionales en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Barcelona.

A modo de conclusión se verá como la crisis de los misiles es aún en la actualidad un tema de discusión y no tan sólo con finalidades histórico-teóricas. La conflictiva reinterpretación que de la crisis hacen en la actualidad algunos de los hombres que la condujeron desde la administración norteamericana servirá para concluir este estudio cuyo objetivo es aproximarse a una de las crisis más «espectaculares» que ha generado el sistema de bipolaridad nacido en la Segunda Guerra Mundial.

1. ANÁLISIS POLÍTICO-ESTRATÉGICO DE LA CRISIS

En junio de 1961 tenía lugar un encuentro en la cumbre entre Kennedy y Jrushov en la ciudad de Viena. Del mismo se podía deducir que los dirigentes de los dos super-grandes estaban dispuestos a mantener una *política de statu-quo* en el marco internacional (2).

Si se lleva a cabo un análisis de las declaraciones de dicho encuentro en términos de poder siguiendo las pautas del profesor Morgenthau (3), ambos dirigentes estarían dispuestos a mantener el equilibrio existente en dichos momentos en la escena internacional.

1.1. *La ruptura del equilibrio del poder*

Sin embargo, el proyecto soviético de instalación de ogivas nucleares en terreno cubano es percibido por la administración norteamericana como una ruptura de dicho equilibrio.

Una de las preguntas a plantearse en este momento es el motivo o bien el conjunto de motivos que llevaron al dirigente soviético a tomar tal decisión. Se ha apuntado una multiplicidad de motivos y hay razones para pensar que todos ellos de una manera más o menos importante tuvieron su trascendencia.

Así, por ejemplo, a nivel interno, Jrushov estaba padeciendo ataques continuados por parte de los sectores más hostiles a su política «desestalinizadora» a la vez que la penuria económica —sobre todo en el terreno alimentario— mantenía a la población descontenta. Los éxitos en el terreno exterior sirven en ocasiones para aplacar las críticas internas.

(2) Sobre la cumbre de Viena y su incidencia posterior en la crisis de Cuba V. BRETTON, Ph. y CHAUDET, J. P., *La Coexistence Pacifique*, París, Armand Colin, 1971, pág. 245.

(3) MORGENTHAU, Hans J.: *International Politics as a Struggle for Power en Politics among nations*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1978, 5.ª edic., rev., págs. 27-116.

En el seno del bloque comunista la política de Jrushov estaba sufriendo duras críticas por parte de los dirigentes chinos. Una victoria en un punto cualquiera del Tercer Mundo frente a Washington podía comportar para Moscú la obtención del papel de director indiscutible del movimiento comunista en el Tercer Mundo frente a los intentos chinos de disputárselo.

Un terreno en el que sin duda iba a afectar el desenlace de la previsible crisis que desencadenaría el descubrimiento de la instalación de los misiles en Cuba era el de las relaciones Este-Oeste. Con la crisis de los misiles el campo socialista se podía plantear la obtención de una victoria en la guerra fría (4).

Una victoria en el terreno de las negociaciones, por ejemplo; o bien, en cuanto a aumentar su poder por la vía de conseguir un *mayor prestigio* en el marco internacional.

En el terreno de las negociaciones se debe recordar que el tema de Berlín seguía pendiente. Y en cuanto a la Europa Occidental, menos «segura» del apoyo norteamericano después de una posible «victoria» soviética, ésta podría tomar una posición más conciliadora respecto de Moscú. Jrushov se había adelantado en este apartado diez años a los acontecimientos a venir con la futura «distensión a la europea». En 1962, los europeos occidentales no estaban dotados del aparato económico necesario para responder a los planteamientos de Jrushov. De ahí, pues, la postura de apoyo (sin fisura alguna) a los Estados Unidos que los europeos mantendrán a lo largo de toda la crisis (5).

En cuanto a la obtención de *mayor prestigio* —política contraria al mantenimiento del equilibrio por la vía del *statu quo* (6)— una victoria en Cuba podía comportar para la URSS una cierta «equiparación subjetiva» en el terreno internacional frente a la evidente superioridad estratégica norteamericana.

En conjunto, por tanto, la ruptura del equilibrio del poder por parte soviética, que incidiría notablemente en el terreno estratégico, debe verse a la luz de los múltiples motivos citados, y aún de algunos no mencionados (así, por ejemplo, la tantas veces citada impresión de inseguridad, debilidad e inexperiencia que Kennedy había ofrecido a Jrushov en Viena).

(4) Cf. SEMIDEI, Manuela, *Les Etats Unis et la Révolution Cubaine*, Paris, Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, núm. 166, Armand Colin, 1968.

(5) Un estudio similar se podría hacer respecto de la crisis Moscú-Washington desencadenada a partir de la ocupación de Afganistán por los soviéticos en 1979 —sin olvidar por otra parte las diferencias notables entre ambos conflictos— y se podría ver seguramente como la postura de los aliados europeos se ha visto «modificada» tras un decenio de distensión.

(6) V. MORGENTHAU, op. cit., págs. 77-91.

1.2. *El error del contrario: fuente de poder*

Mucho se ha especulado sobre el como y el cuando del descubrimiento de las instalaciones en Cuba por parte de Washington. Lo cierto es que la administración norteamericana dio a la crisis un aspecto público —intervención de Kennedy ante las cámaras televisivas— notable, con visos de posible confrontación.

Las propuestas de conciliación, como la de Stevenson (representante de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas) basada en dirigir un ultimátum secreto a Jrushov, fueron desestimadas por completo. «Kennedy y la mayor parte de los miembros del Comité Ejecutivo —según Pachter— consideraban necesario un enfrentamiento público con Jrushov.» (7)

Un enfrentamiento que permitiera a los Estados Unidos «inclinarse la balanza del poder mundial con el peso del prestigio adquirido» (8) en razón de su *superioridad nuclear*. Es decir, los Estados Unidos al igual que la Unión Soviética —desestimando sus declaraciones de mantenimiento del *statu quo*— buscan la vía de aumentar su poder frente al contrario. Los Estados Unidos buscarían en cierta manera una prueba de fuerza desencadenada, eso sí, por Moscú, para evidenciar ante el mundo su superioridad.

El «error» de la URSS será la instalación de los misiles en Cuba. El mismo debería servir a los Estados Unidos para ampliar el peso de su poder en la escena internacional. Ésta será una de las razones que va a justificar el método adoptado por el Comité Ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad para conducir la crisis.

1.3. *La lógica de la disuasión*

Uno de los factores a tener en cuenta a la hora de abordar la actuación de la administración americana durante la crisis es el desprestigio sufrido por la figura del presidente durante el período inmediato anterior a la misma.

La construcción del muro de Berlín y el fracaso de la operación de Bahía Cochinos, en 1961, habían valido serias críticas a la acción del presidente tanto por parte de la derecha republicana (9) como por parte de algunos generales (10).

(7) PACHTER, Henry: *Collision Course*, 1963, cit. por HOROWITZ, David: *Estados Unidos frente a la Revolución Mundial. De Yalta al Vietnam*, Barcelona, Edic. de Cultura Popular, 1968, pág. 444.

(8) HOROWITZ: Op. cit., pág. 444.

(9) El 15 de octubre, Eisenhower pronunció un discurso en el que afirmó que la política exterior de la administración Kennedy no había sido «firme». Cit. por HOROWITZ, Ibidem, pág. 439.

(10) El enfrentamiento entre el presidente y algunos sectores del ejército era tan evidente que dio origen a una novela de gran éxito en su momento, más tarde llevada a la pantalla, titulada *Seven Days in May*, en la que se recogía la posibilidad de un golpe de estado llevado a cabo por el Pentágono.

De ahí por tanto que el resultado de la crisis, que como ya se ha visto podía tener efectos sobre el equilibrio del poder a nivel internacional, fuera a incidir asimismo en la situación interna norteamericana.

La dirección de la crisis fue llevada a cabo por el *Comité Ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad* (11). De entre las propuestas planteadas por los miembros del Comité la finalmente adoptada consistía en establecer una «cuarentena» alrededor de la isla, de tal manera que se impidiera el acceso a cualquier barco transportando armamentos, mientras que las restantes mercancías podían llegar hasta Cuba. Razón por la que es impropio hablar de un «bloqueo» de carácter indiscriminado, como en ocasiones se hace.

La adopción de esta medida comportó el fracaso de los sectores más belicistas —y por ahí, el de los sectores militares críticos del presidente— y permitió «teñir» la acción norteamericana con una «pátina moral» considerable. Robert Kennedy, miembro del Comité Ejecutivo y Fiscal General en el momento del conflicto, fue el encargado de dar el carácter moral a la decisión finalmente adoptada, frente a las propuestas de bombardeo de los «halcones» (12).

Al margen de la mayor aceptación moral de la «cuarentena» frente al bombardeo de la isla, hay que tener en cuenta que dicha medida se ajusta perfectamente a la lógica de la escalada concebida para un posible conflicto nuclear por el secretario de defensa, Robert McNamara.

Dicha lógica se basaba, en este caso, en el hecho de haber escogido el nivel más bajo posible de respuesta frente a la acción del adversario, la cuarentena, y en el de dejar en manos de dicho adversario la responsabilidad de la escalada puesto que la alternativa ofrecida no presentaba otra salida que la escalada o la capitulación.

La aplicación de esta lógica por parte americana era posible a partir del momento en que su superioridad era evidente tanto a nivel local (su escasa distancia geográfica del lugar del conflicto favorecía la presencia de sus fuerzas convencionales en la región) como a nivel global (su superioridad estratégica) (13).

(11) El Comité Ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad estaba formado por: el vicepresidente Johnson, el secretario de Estado Dean Rusk, el secretario de defensa Robert McNamara, el secretario del tesoro Dillon, el fiscal general Robert Kennedy, el subsecretario de defensa Gilpatric, el subsecretario Ball, el general Carter, el secretario de Estado adjunto Martin, el general Taylor, McGeorge Bundy y Theodore Sorensen. En las reuniones del Comité estaban también presentes: Alexis Johnson, John McCone, Dean Acheson y Lewellyn Thompson.

(12) Ante las propuestas de bombardear Cuba, Bob Kennedy escribió una famosa nota a otro de los miembros del Comité, Sorensen, en la que decía: «Ahora sé lo que Tojo debía sentir cuando preparaba el ataque de Pearl Harbour», cit. por SCHELESINGER, M. A. Jr.: *Robert Kennedy et son temps*, París, Olivier Orban, 1979, pág. 269.

(13) En 1962 Moscú disponía de 75 ICBM y la fabricación prevista a partir de ese momento era de 25 por año mientras que Washington disponía de 294 ICBM y la fabricación prevista era de 100. Mientras la Unión Soviética no

En razón de estos datos —tan negativos para la URSS, que debería ser la desencadenadora del conflicto nuclear según la lógica norteamericana— no estaría justificada en absoluto la psicosis del peligro de guerra nuclear que vivió el mundo a lo largo de la crisis. De manera radical el general Gallois ha llegado a calificar la confrontación de «gran mascarada» puesto que, según el general francés, por definición, no puede producirse un enfrentamiento nuclear entre ambas super-potencias, dado que el mismo sería contrario al interés de ambas» (14).

Frente a los factores de tipo general que abundan en el sentido de la imposibilidad de la utilización del armamento nuclear durante el conflicto y junto a datos concretos conocidos en tal sentido (15) hay que apuntar la persistencia a lo largo de la crisis del temor ante cualquier imprevisto que pudiera desencadenar la catástrofe (16).

Como recoge Schelling, «la esencia de la crisis es su imprevisibilidad... Forma parte de la esencia de una crisis el que los participantes no sean completamente dueños de los acontecimientos; avanzan los peones y toman decisiones que aumentan o disminuyen el peligro, pero siempre en una atmósfera de riesgo e incertidumbre» (17).

Si la amenaza nuclear, esgrimida en varias ocasiones por Jrushov a lo largo de la crisis, no parecía plausible por una serie de razones, resumidas por Claude Delmas en: el alejamiento de Cuba del territorio soviético, la importancia «no vital» de la isla para los soviéticos y la inferioridad global de la URSS (18), no se debe descartar el hecho de que los actores de la crisis estaban convencidos de la existencia de un margen de riesgo. En este contexto se deberá valorar la instalación del teletipo rojo: un acuerdo mutuo cuyo objetivo es el de disminuir el grado de incertidumbre respecto de la actuación del adversario gracias a la existencia de una mayor comunicación entre ambos.

disponía de armamento nuclear submarino los Estados Unidos ya tenían 96 Polaris. Frente a los 2000 bombarderos intercontinentales norteamericanos, la URSS disponía de 150 aparatos. Datos citados por CORDESMAN, A.: *Deterrence in the 1980's*. Part 1, «Adelphi Papers», núm. 175, Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, 1982.

(14) El análisis del general Gallois cit. por GERGORIN, Jean Louis: *Stratégie et Relations Internationales*, París, Fondation Nationale des Sciences Politiques (Service de Polygraphie), 1978-1979, pág. 52.

(15) El presidente Kennedy había ordenado personalmente dejar pasar cualquier barco que evitara por la fuerza el registro prescrito por las autoridades norteamericanas. Cit. por GERGORIN, *Ibidem*, pág. 47.

(16) A manera de parodia de un conflicto nuclear el cineasta norteamericano Stanley Kubrick realizó el film «Doctor Strangelove» (presentado en España bajo el título «Teléfono Rojo: Volamos hacia Moscú») en el que un «cápricho humano» desencadenaba el holocausto nuclear.

(17) SCHELLING, T. C.: *Arms and influence*, 1966, cit. por GLUCKSMAN, André: *Le discours de la guerre*, París, Bernard Grassel, 1979, pág. 259.

(18) DELMAS, *op. cit.*, pág. 140.

2. REPERCUSIONES DE LA CRISIS

Las características del desarrollo de la crisis y su desenlace van a tener repercusiones para ambos adversarios, tanto a nivel interno como en lo que se refiere a su proyección exterior, así como para el conjunto del sistema internacional en el que ambos super-grandes van a instaurar de mutuo acuerdo un clima de *coexistencia pacífica*.

2.1. *Los efectos de la crisis en los Estados Unidos*

Para los Estados Unidos el desenlace del conflicto comporta la adquisición de un notable potencial de poder, en forma de prestigio, en un doble sentido: a nivel interno, del presidente frente a los sectores críticos de su política y a nivel exterior, del país frente al marco internacional.

La figura del presidente Kennedy se revaloriza, ya durante el curso de la crisis, por el talante con que asumió la dirección de la misma.

Frente a las reticencias del Pentágono, el presidente llevará a cabo una centralización total de las decisiones, manteniéndose él mismo en contacto directo con los comandantes de los navíos encargados de aplicar la cuarentena e impartiendo las órdenes a tomar en cada momento. En cierta manera, ésta era una innovación en la tradición naval militar y fue posible gracias al elevado grado de perfección de los medios de comunicación norteamericanos (19).

Otra posible incidencia del desenlace de la crisis a nivel de la política interna norteamericana hay que situarla en el terreno electoral. Dada la celebración de elecciones para la Cámara de Representantes el 6 de noviembre algunas tesis han condenado los objetivos electorales subyacentes en algunas de las decisiones tomadas por Kennedy (20).

A nivel internacional, el resultado del conflicto le va a valer a los Estados Unidos el calificativo de *única superpotencia* existente en la escena internacional (21). A pesar de la inexistencia de factores materiales que justifiquen un nuevo *reequilibrio del poder* en favor de los Estados Unidos, éste se produce en razón del prestigio ganado por Washington frente a Moscú.

(19) Cf. GERGORIN, *op. cit.*, pág. 47.

(20) El periodista I. F. Stone sostenía en 1966 que Kennedy deseaba obtener una victoria rápida, en cualquier caso antes del 6 de noviembre, para incidir en el resultado de las elecciones. De ahí el ultimátum de 48 horas enviado a Jruschov el 25 de octubre con vistas a resolver la crisis en el plazo de tiempo más corto posible. Cit. por SCHELESINGER, *op. cit.*, pág. 274.

(21) Calificativo utilizado por el general Gallois así como denominación que sirvió al titular de un artículo («Une seule superpuissance») aparecido en el diario «Le Monde» y firmado por André Fontaine poco después de la crisis. Cit. por GERGORIN, *op. cit.*, pág. 56.

Observando con una cierta perspectiva las repercusiones de la crisis de Cuba en los Estados Unidos hay que destacar el efecto negativo que para la política exterior norteamericana ha tenido la aplicación de la lógica utilizada en Cuba, con resultados positivos, en posteriores conflictos.

Los dos elementos que habían determinado las decisiones adoptadas por la administración norteamericana durante el conflicto —la superioridad nuclear norteamericana y la aplicación de la lógica derivada de la doctrina de respuesta graduada van a ser sobrevalorados.

El error de la sobrevaloración de la «influencia» de la *superioridad nuclear* en cualquier conflicto local está recogido en las palabras de Raymond Aron cuando escribe: «En el plano militar la tesis de la «toute puissance» americana se ha exagerado enormemente. Las armas nucleares se paralizan y la guerrilla resiste a los cañones y a los helicópteros. Sin embargo, la tesis del gigantismo americano no es falsa pero es necesario buscar en otra parte, en el orden económico e ideológico, los verdaderos fundamentos» (22).

En cuanto a la sobrevaloración dada a la aplicación de la *lógica de respuesta graduada*, será obvia a partir del momento en que la misma se considere apta para cualquier conflicto. Y, sin embargo, la misma no dará resultados positivos en el caso de Vietnam donde se aplicará un aumento escalonado de la potencia de los bombardeos. Ésta sería, por decirlo de alguna manera, la lección «mal aprendida» que la crisis de Cuba ha deparado a la futura elaboración de la política exterior americana.

2.2. Los efectos de la crisis en la URSS

Al igual que en el caso de los Estados Unidos en el de la URSS el desenlace del conflicto va a tener repercusiones tanto a nivel interno como en lo que se refiere a la proyección internacional del Estado soviético.

Jrushov va a unir a las acusaciones de «capitulacionismo» proferidas en el seno del campo socialista por los dirigentes chinos serias críticas internas (23). Frente a los ataques del Presidium, que finalmente podrá conseguir en 1964 la caída de Jrushov —motivada entre otras razones por los acontecimientos de Cuba—, el dirigente soviético extraerá unas conclusiones muy diferentes de la crisis.

Conclusiones que le llevarán a asegurar la obtención del objetivo perseguido por la instalación de los misiles en Cuba. En 1963, Jrushov

(22) ARON, Raymond: *Le gigantisme américain* en «Le Figaro», París, 7-10-66, cit. por GLUCKSMAN, op. cit., pág. 253.

(23) Para comprender el entramado gubernamental de la URSS, desde una perspectiva dinámica, en la que se analizan las dificultades internas de Jrushov para la aplicación de sus políticas económica y exterior V. CARRERE D'ENCAUSSE, Hélène, *Le pouvoir confisqué*, Flammarion, París, 1980.

afirmaba que «nuestro objetivo en Cuba era impedir la intervención americana en esta isla» (24). Y, ciertamente, en este sentido, se ha producido una modificación respecto de la situación anterior al conflicto, habiéndose comprometido los Estados Unidos, como contrapartida a la retirada de los misiles, a *no intervenir en la isla*. Lo que suponía para Washington tolerar en su zona de influencia directa un régimen ideológicamente hostil (desde 1961 Fidel Castro había hecho en varias ocasiones declaraciones relativas al carácter «marxista leninista» del régimen cubano).

El compromiso norteamericano de no-intervención tendrá una notable incidencia en el aumento de prestigio de Cuba ante el conjunto de países del Tercer Mundo y especialmente en América Latina.

Un segundo hecho que Jrushov podrá presentar ante el Presidium como una victoria frente a los Estados Unidos es la obtención de un acuerdo secreto por el que el presidente norteamericano se comprometía a retirar en un plazo de pocos meses los misiles de alcance medio implantados en Turquía y apuntando hacia el territorio soviético.

La existencia de tal acuerdo, negociado entre Robert Kennedy y el embajador soviético, Dobrynin, podía haber gozado de un gran impacto en la opinión internacional (a pesar de que a nivel estratégico apenas si tenía importancia: tales misiles ya no eran necesarios para el sistema defensivo atlántico desde la introducción de los submarinos Polaris) pero su condición de «secreto» le restó tal capacidad. De ahí, por tanto, que se pueda deducir que el mismo apuntaba hacia las instancias de poder de la URSS «suavizando» en cierta medida el «fracaso» internacional de Jrushov. Y que, por consiguiente, estuviera pensado en razón del impacto que el mismo podía tener a nivel de las élites del poder en la Unión Soviética (25).

Como ya se ha dicho, Jrushov se vería obligado a abandonar el poder en 1964. Y a partir de ese momento, los sectores militares que se habían mostrado contrarios a la política del ex primer secretario del Comité Central del PCUS van a gozar de una posición privilegiada para poner en marcha un plan de aumento de los arsenales nucleares y de creación de una fuerza naval capaz de estar presente en conflictos alejados del territorio soviético (26).

(24) Jrushov ante el Congreso de la SED el 16-1-63. Cit. por GLUCKSMAN, op. cit., pág. 250.

(25) El interés americano en no resaltar excesivamente el «fracaso» de Jrushov queda reflejado en las palabras de Dean Rusk ante la prensa: «Les rogamos que no hablen de "capitulación" ni se excedan en sus comentarios irónicos: hay que evitar que en Moscú se refuerce la posición de los que han preconizado una línea dura». Cit. por FONTAINE, André: *Histoire de la guerre froide*. Vol. II, París, Fayard, 1967, pág. 510.

(26) Cf. HANKS, Robert J.: *The Unnoticed Challenge: Soviet Maritime Strategy and the Global Choke Points*, Institute for Foreign Policy, Cambridge (Massachusetts), 1980, págs. 3-8.

Es decir, esta última reorientación de la política defensiva soviética muestra que los dirigentes de la URSS también habían extraído su lección de la crisis de los misiles. Y conscientes de su inferioridad convencional y estratégica van a poner en marcha el amplio *programa de rearme* que llevará a la URSS en 1972 a firmar junto a los Estados Unidos los acuerdos SALT por los que Washington admite «formalmente» diez años después de Cuba que ya *no es la única super-potencia*.

2.3. *Los efectos de la crisis en las relaciones Este-Oeste*

Una de las constataciones fundamentales de la crisis ha sido el poner de manifiesto la dificultad existente para las comunicaciones directas entre ambas administraciones (27). No en vano se había temido durante el conflicto la posibilidad de «un error con consecuencias nucleares» debido a un malentendido o a un excesivo plazo de tiempo para lograr la comunicación Washington-Moscú.

De ahí por tanto que los dos super-grandes inicien formalmente con la instalación de un teletipo —permanente y de doble sentido— entre el Kremlin y la Casa Blanca una nueva fase en sus relaciones. La incomunicación de la guerra fría va a verse sucedida por una nueva etapa: *la coexistencia pacífica*.

Si bien no se puede hablar de la coexistencia pacífica como producto de una única crisis —la de Cuba, si es cierto, sin embargo, que dicha confrontación sirvió para, a partir del paso simbólico de la instalación del teletipo rojo, desencadenar un proceso de acuerdos entre ambos super-grandes.

El mismo se iniciará con la firma en agosto de 1963, aún no transcurridos dos meses desde la instalación del teletipo, del Tratado de Moscú entre la URSS, los Estados Unidos y Gran Bretaña. Por dicho Tratado se prohibían, de forma parcial, los ensayos nucleares en el espacio atmosférico, extra-atmosférico y submarino.

La lectura de dicho Tratado en el contexto del momento permitía hablar de un acuerdo tácito entre los dos super-grandes para defender sus posiciones de pre-eminencia basadas en su capacidad nuclear ya que la crisis había mostrado, en efecto, la necesidad de un entramado de relaciones (de tipo convencional, como el citado Tratado) capaces de contrarrestar la «inseguridad» derivada de la existencia de arsenales nucleares.

De ahí por tanto que se haga necesaria la puesta en marcha de una coexistencia pacífica «funcional», más allá de las lecturas ideológicas que de la misma se habían realizado tanto en Washington como en Moscú. Como dice Glusksman: «Puesto que las concepciones que ambos adversarios tienen de la coexistencia son distintas, todavía

(27) BRETTON-CHAUDET: op. cit., pág. 260.

más: opuestas, la crisis no es solamente la ilustración sino que se convierte en el momento esencial en que dichas concepciones se concilian «de facto» (28).

En resumen, por tanto, la «coexistencia pacífica-después de Cuba» supondrá una mayor agilidad en las negociaciones entre Washington y Moscú en momentos conflictivos. Hay que tener en cuenta que antes de la crisis, a pesar de los encuentros espectaculares como el de Viena, tal y como muestra la existencia de acuerdos secretos como el relativo a Tailandia (29), las relaciones entre el Kremlin y la Casa Blanca debían utilizar canales indirectos y poco ortodoxos en muchas ocasiones.

A partir de 1963, la existencia de una comunicación regular y directa, acompañada del deseo implícito de ambos super-grandes de «orientar» el *Club Nuclear*, tejiendo una trama de tratados internacionales para ello, va a ser la característica esencial del clima de coexistencia pacífica reinante en las relaciones Este-Oeste. Lo que no impedirá la existencia de enfrentamientos armados en los que Washington y Moscú defiendan intereses contrarios. La guerra del Vietnam es, en este sentido, el más claro ejemplo de *conflicto localizado en un marco global de coexistencia pacífica*.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN

Una vez analizada la crisis así como sus efectos tanto en sus protagonistas como en el marco de las relaciones Este-Oeste, el tema permite la elaboración de una serie de reflexiones de carácter global.

1. La crisis de los misiles de Cuba evidencia de manera explícita, por sus protagonistas y por las características de su desarrollo, la existencia de un sistema bipolar a nivel internacional.

El número de protagonistas se reduce exclusivamente a dos, ante la imposibilidad de que una o varias terceras potencias puedan jugar el papel de *equilibradores de la balanza* (30), ya que tan sólo los Estados Unidos y la Unión Soviética disponen de la base material que les permite utilizar el *lenguaje de la disuasión*. Así pues, la capacidad

(28) GLUCKSMAN: op. cit., p. 251.

(29) Durante la primavera de 1962 Robert Kennedy y Georgi Bolchavov, oficialmente agregado de prensa de la embajada soviética en Washington pero «de hecho» directo enlace con Jruschov, negociaron un acuerdo secreto por el que el compromiso soviético de respetar la neutralidad de Laos recibía a cambio una retirada de tropas norteamericanas de Tailandia en un breve plazo de tiempo. Cit. por SCHELESINGER, op. cit., pág. 266.

(30) El papel de una potencia tradicionalmente «equilibradora», como era el caso de Gran Bretaña en el siglo XIX, está ampliamente tratado por KISSINGER, Henry A.: *Un mundo restaurado*, México, FCE, 1973.

nuclear reduce el número de interlocutores a dos. Y la crisis de Cuba lo evidencia claramente.

2. Una segunda evidencia, centrada en el parámetro del prestigio como fuente de poder en la escena internacional, que ofrece la crisis es la superioridad norteamericana frente a la Unión Soviética. Evidencia que no se debe confundir, de manera simplista, con la idea vencedor-perdedor del conflicto en sí.

Varios son los elementos a tener en cuenta para determinar el grado de poder de un estado en la escena internacional. El profesor Morgenthau los resume en cuatro apartados: la geografía, los recursos naturales, la capacidad industrial y el grado de preparación militar (31).

Varias precisiones se pueden hacer, siguiendo el esquema citado, respecto al estado de la Unión Soviética y de los Estados Unidos en el momento de la crisis, incidiendo en los elementos negativos que afectan a la URSS y que permiten afirmar el hecho de la superioridad americana.

En lo que respecta a los recursos naturales la URSS padece, como ya se ha visto, una penuria alimentaria. Su capacidad industrial le ha permitido dotarse de potencial nuclear (sin embargo, éste es inferior al norteamericano) y desarrollar su tecnología (sin que se pueda hablar de auto-suficiencia como evidenciarán los posteriores intercambios comerciales Este-Oeste). Su grado de preparación militar, entendido éste como la estructura militar capaz de sostener los objetivos de su política exterior, demuestra tanto a nivel tecnológico como por su calidad (entendida como presencia en la zona del conflicto) una clara *inferioridad soviética*.

Cuba evidencia, por tanto, el prestigio ganado por los Estados Unidos ante la Unión Soviética.

3. La categoría de *única super-potencia* atribuida a los Estados Unidos gracias a la crisis de Cuba no dará paso a una política universalista como muestra la serie de acuerdos firmados posteriormente con la Unión Soviética. Como afirma Raymond Aron «desde el momento en que la "contención del comunismo" no tiene otro sentido que oponerse a los partidos real o potencialmente prosoviéticos, esa diplomacia se convierte en más imperial que ideológica o, si se prefiere, en esencialmente realista» (32).

Realismo que conducirá a atemperar los presupuestos tradicionalmente universalistas de la política exterior norteamericana por el respeto de las zonas de influencia. Lo que comporta por tanto la admisión de un estado de *inseguridad relativa permanente* por parte de los Estados Unidos. La existencia del factor nuclear en sí, del que se dota o se puede dotar un adversario, ya determina en parte una cierta inseguridad permanente.

(31) MORGENTHAU: op. cit., págs. 117-130.

(32) ARON, Raymond: *La República Imperial*, Madrid, Alinza, 1976, pág. 337.

El aislamiento de dicho factor —lo que no permite olvidar la existencia de otros múltiples factores determinantes de la seguridad de un estado— tiene en esta ocasión una finalidad crítica inserta en una lectura actualizada y revisada de la crisis de los misiles.

4. La lectura revisada de la crisis ha partido, veinte años después de la misma, de los hombres que desde la administración norteamericana la dirigieron. Así, junto a Robert McNamara algunos de los miembros del Comité Ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad que asesoró al presidente durante el conflicto, han elaborado un artículo (33) en el que se incluyen aportaciones críticas que han dado pie a una nueva discusión.

La tesis sostenida en dicho artículo colectivo se resume en que la crisis de 1962 «no ilustra la importancia sino al contrario, lo poco importante que la superioridad nuclear es cuando se halla enfrentada a la existencia de fuerzas de represalia termonuclear capaces de sobrevivir. A su vez muestra el papel crucial de una fuerza convencional rápidamente disponible».

Así pues la tesis de McNamara, veinte años después de la crisis, residiría en el papel «carente de importancia» jugado por *la superioridad nuclear americana* en el momento del conflicto, residiendo el *papel central en las fuerzas convencionales*.

El razonamiento actual del ex secretario de defensa difiere del que él mismo realizó en su momento. Ante la instalación de los misiles soviéticos Jean Louis Gergorin afirma que Robert McNamara concluyó «sin tomar en cuenta consideración política alguna que en el plano estratégico de la instalación de los misiles en Cuba apenas tenía importancia» (34). Opinión que se basaba en la aplastante capacidad de respuesta nuclear norteamericana, suficiente para disuadir cualquier «amenaza» soviética.

Así pues, se hace patente la contradicción existente entre el «decision maker» de hace veinte años y el analista de hoy en día. Lo que no comporta, quizás, «error» ni en uno ni en otro caso. La táctica de la disuasión (percepción de la amenaza nuclear) que hoy pueda parecer insostenible en el caso de Cuba —apoyando con ello McNamara las tesis del general Gallois— jugó en su momento un papel cuya «importancia» es imposible de determinar pues como apunta André Glucksmann «la lección de la crisis cubana hace que cada uno verifique la irrealidad, y ya no la realidad, de su potencia. No se puede comprobar que relación de fuerza fue decisiva, pues ninguna lo fue» (35).

(33) McNAMARA, Robert y otros: *The Lessons of the Cuban Missile Crisis* en «Time», 27-9-82, págs. 36-37. Se recomienda asimismo, puesto que sostiene la misma tesis que el anterior, el artículo de TAYLOR, Maxwell, *General Taylor Reflects on Lessons From the Cuban Missile Crisis* en «International Herald Tribune», 13-10-82, pág. 6.

(34) GERGORIN, op. cit., pág. 46.

(35) GLUCKSMANN, op. cit., pág. 251.

La presencia del factor nuclear ha hecho que la comunicación establecida durante el conflicto —el lenguaje de la disuasión ha convertido la amenaza en un canal de comunicación antes inexistente entre Washington y Moscú— se mantuviera, adoptando una forma diferente. A partir de Cuba la negociación será la nueva base de las comunicaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Ésta será la característica central del clima de coexistencia pacífica que «protagonizarán» ambos super-grandes tras la experiencia de la crisis de los misiles.

Barcelona, octubre 1982